

Los soldados de Dios

Militia Christi

Resulta interesante ver cómo algunas películas o ciertas novelas, con vanas pretensiones históricas, desatan toda una "moda intelectual" en torno a determinado tema. Tal es el caso del renovado interés que se percibe en el orden académico acerca de la antigüedad y del mundo medieval.

A cualquiera que recorra actualmente cualquier librería —especializada o no- le es imposible dejar de apreciar la gran cantidad de textos literarios y de estudios académicos que se dedican -según el caso- a analizar seriamente la Edad Media o a inventar historias que mezclan un poco de realismo histórico con misterios vinculados con el cristianismo, sociedades secretas, el santo grial, conspiraciones históricas, esoterismo, brujería, y un largo etcétera. Se trata sin lugar a dudas de una prestigiosa receta ensayista que vende y mucho.

Prácticamente no existe novela de éste género que no involucre en su trama a los caballeros Templarios, a los que se presenta como una suerte de eternos conspiradores, creadores de tradiciones esotéricas o vinculados con casi cualquier cosa que los refiera o vincule al poder, lo divino y algún misterio que trascienda lo simplemente racional.

En este artículo el tema de las órdenes religiosas-militares medievales, considerándolo desde un punto de vista puramente histórico, con tal prescindencia de toda la imaginaria pseudo-intelectual que las vincula con sociedades y conspiraciones político-religiosas que perdurarán incluso hasta nuestros tiempos. Los caballeros que pertenecieron a estas órdenes estaban inspirados y motivados por cuestiones y problemas específicos, mundanos y religiosos, y cualquiera que pretenda comprender este fenómeno con claridad debe partir desde este punto inicial y no tomar en cuenta la profusa literatura existente sobre el tema, que confunde la imaginación y los deseos con la historia.

LAS ÓRDENES MILITARES MEDIEVALES

Los Estados latinos de Oriente (Edesa, Antioquía, el reino de Jerusalén y Trípoli) se fundaron como resultado de la primera cruzada y de la conquista de Jerusalén; esta fue protagonizada por la llamada *Cruzada de los Nobles*, acaudillada, entre otros miembros de la muy cristiana nobleza europea, por Godofredo de Bouillon. Luego del triunfo militar de esta primera cruzada, los peregrinos cristianos comenzaron a acudir a Tierra Santa para visitar los lugares que aparecían relacionados con la vida de Jesús: el Jordán, el Santo Sepulcro, Belén, etc. Los caminos elegidos para acudir a estos lugares, fundamentalmente a partir de Acre o de Jaffa, no eran siempre seguros, y las caravanas de peregrinos eran atacadas muy frecuentemente antes de que consiguieran llegar a Jerusalén. Esta es la razón -la protección a los peregrinos que acudían a Tierra Santa- por la cual se originan las órdenes militares-religiosas, con la excepción de la Orden de San Juan del Hospital, que como veremos surge como una hermandad exclusivamente dedicada a la atención de enfermos y a la caridad, que más tarde asume también un carácter militar.

Estos caballeros decidieron cumplir con este servicio, y asumir una vida religiosa, sujetos a los votos de castidad, pobreza y obediencia

típicos de los institutos religiosos, y proceder -según cada orden particular- con las reglas que profesaban los monjes benedictinos, los cistercienses y los cartujos.

La segunda de las órdenes en aparecer, y la primera militar, fue la Orden de los Pobres caballeros de Cristo del Templo de Salomón, más acotadamente conocida como Orden Templaria o de los caballeros templarios. En 1120, un grupo de caballeros reunidos alrededor de Hugo de Payns deciden vincular los votos religiosos con una actitud militar de defensa de las rutas de peregrinos y de los lugares santos que habían sido rescatados a sangre y fuego a los *infieles*. La propuesta de Hugo de Payns fue apoyada por el entonces rey de Jerusalén, Balduino II, que confirió a ese grupo las dependencias de la Mezquita de alAqsa, que era considerado en su momento como el antiguo templo salomónico. A comienzos del siglo XII los caballeros cristianos lo contemplaron como *templum Domini*, el templo del Señor, y los cruzados reprodujeron en su cúpula este emblema. Pero para que esta experiencia religiosa-militar tuviera vigencia dentro del cristianismo oficial se necesitaba la anuencia del papado. No era en absoluto suficiente el reconocimiento del patriarca de Jerusalén ni el acuerdo real. Esto planteaba en el cristianismo de la época un serio problema de corte teológico: ¿podría considerarse legítimo ejercer el oficio de las armas utilizando el hábito religioso? ¿Era posible verter sangre, combatir por la propia fe, utilizando las vestimentas y habiendo pronunciado los votos de un monje?

En los albores del siglo XI, dos obispos, Adalberon de Laon y Gerardo de Cambray, habían propuesto la teoría de las tres funciones: la sociedad cristiana estaba integrada por los que rezaban, los que combatían y los que trabajaban: *oratores, bellatores, y laboratores*, una sociedad que se expresaba en tres grupos jerárquicos y solidarios. Un siglo más tarde, los futuros caballeros del temple proponían el juntar dos funciones en una institución: la de los que rezan y luchan. Se buscaba cumplir un doble cometido. Por un lado cristianizar la violencia, y por otro ofrecer una vía de salvación a quienes la tenían como profesión, o sea los caballeros, núcleo fundamental del ejército medieval.

El caballero se convierte entonces en *miles Christy*, un soldado de Cristo. Es un religioso pero no un monje; no es ordenado sacerdote y permanece laico: esta es la razón por la que puede combatir. Solo el capellán es ordenado sacerdote, y es quien ejerce la prédica y el ordenamiento espiritual de los soldados de Cristo. Por supuesto que estas novedades en la congregación cristiana, provocaron discusiones, pues no todos estaban de acuerdo con estas transgresiones a la teoría de las tres funciones y a la tradición no violenta del cristianismo. El cisterciense Isaac de Estella la rechaza de plano; Guigo, prior de los cartujos, aparece preocupado por una evolución llena de incertidumbres y peligros; su opinión refiere a la que en un principio tuvo San Bernardo, quien no apreciaba con claridad el interés de esta institución, ya que

a los laicos que quisieran ingresar en la religión ya se les ofrecía el claustro cisterciense. Otros se unían a la Iglesia bizantina, que desde el comienzo efectuó una fuerte crítica al hecho político, religioso y militar de las cruzadas, proponiendo que la violencia y la guerra quedaran exclusivamente en manos laicas. Cristo nada tenía que ver con estos atroces derramamientos de sangre hechos en su nombre.

Pero, ¿de dónde pudo provenir semejante iniciativa? Es curioso, pero algunos medievalistas encuentran una cierta influencia en la idea de la *jihad* islámica, muy anterior a la aparición de la concepción cristiana de la guerra santa. Lo cierto es que las causas de la implicación beligerante de los caballeros cristianos deben buscarse dentro de la sociedad occidental, pero no en cualquiera de ellas, sino en la sociedad occidental trasladada a Tierra Santa por el complejo fenómeno social que se generó a raíz de las cruzadas. San Bernardo de Claraval escribe, a propósito de los Templarios, su *De laude novae militiae*, donde se refiere de esta manera a los nuevos caballeros cristianos: "Una caballería de una nueva especie ha visto la luz, y eso en esta región que hace tiempo 'el sol naciente', encarnado, visitó desde lo alto".

Como vimos, para lograr su legitimación, los noveles caballeros de Cristo debían contar con la aprobación de la Iglesia, y más concretamente del papado. A comienzos de 1129, el Concilio provincial de Troyes, con la propia asistencia de Bernardo de Claraval, numerosos abates cistercienses y Hugo de Payns, el maestro de la caballería, distinguía a los *Pobres caballeros de Cristo del Templo de Salomón* como una nueva orden, confirmando su regla. Bernardo, a pesar de una inicial desconfianza frente a la experiencia caballeril, se había persuadido de su interés e impuso a su favor el respeto que gozaba por entonces en los terrenos del Cister.

Poco antes de realizarse el Concilio había redactado el texto anteriormente citado, donde expresa vivamente su elogio a la elección de vida y a la misión que se habían autoimpuesto este aguerrido grupo católico. En 1139 la bula *Omne datum optimum*, emitida por el papa Eugenio III, consuma el proceso de legitimación comenzado una década antes en Troyes, otorgando a los templarios grandes privilegios y honores y situándolos bajo la autoridad directa del papado. Esta situación los dispensaba de toda

subordinación al clero secular, y les confería una autonomía de acción muy considerable. Terminado este proceso, se pudo pensar en crear otras órdenes, siguiendo el mismo desarrollo constitutivo. Tenemos entonces que la Orden del Temple es la primera de las órdenes que incluía la doble misión, religiosa y militar. Otras aparecieron en los siglos XII y XIII, en algunos casos como militarizaciones de otras preexistentes, pero invariablemente vinculadas al fenómeno de las cruzadas, aunque es cierto que esta afirmación requiere ciertos matices. Las más importantes nacieron en el siglo XII, en tres áreas geográficas caracterizadas, todas ellas, por una fuerte confrontación de un cristianismo agresivo y militante contra musulmanes, sarracenos, moros -en Oriente Medio y la Península Ibérica-; y contra paganos en las orillas del Mar Báltico, Prusia y Livonia, territorios poblados por livos, estonios y lituanos, entre otros.

Al disponer de semejante fuerza de choque, el papado intentó utilizar, con escaso éxito, la Cruzada contra sus adversarios dentro de la propia cristiandad: cismáticos como la Iglesia griega; heréticos como los cátaros, o simplemente adversarios políticos, como el emperador Federico II y su hijo Manfredo. En vista del fracaso, se intentó crear órdenes militares expresamente encargadas de obtener determinados objetivos, pero fracasaron una tras otra. En suma, las órdenes militares se desarrollaron fuertemente en los terrenos donde más conflicto religioso y militar se generaba: Oriente, Báltico y la península ibérica.

CARIDAD GUERRERA

Es a partir del surgimiento de los templarios, cuando se militariza la Orden Hospitalaria: ella agrega la función militar a la de atención hospitalaria, que pese a todo seguirá prestando con singular éxito, favorecida generalmente por espléndidas donaciones provenientes de la nobleza europea. Las órdenes que se fundaron posteriormente pertenecían a alguno de estos dos modelos: o puramente militar, como el temple, o el hospitalario-militar de la Orden de San Juan del Hospital. Pertenecieron al primer modelo las ibéricas de Calatrava, Alcántara y Avis, o la orden de los caballeros portaespada, fundada a comienzos del siglo XIII en Livonia.

Del segundo tipo fueron la Orden de los Caballeros Teutónicos, fundada en 1199, alrededor de la acción hospitalaria en el sitio de Acre. Esta orden es organizada por cruzados alemanes que terminaron combatiendo en el Báltico contra diversos "paganos", y pereciendo en una lucha que poco tenía que ver con los nobles y devotos argumentos que la vieron nacer. En la península ibérica, la Orden de San Lázaro y la de Santiago vinculaban acciones de cuidado de enfermos con una activa misión militar.

Las órdenes militares medievales forman una familia de lo más particular dentro del conjunto de las estructuras monacales. Las reglas que las inspiran corresponden a diferentes orígenes, ya sean benedictinas o agustinianas, pero se acercan y se confunden un poco al tener que conciliar la vida religiosa y la militar. En su desarrollo, cada una de ellas fue complementando las reglas que las iluminaban con estatutos, leyes y costumbres concernientes a la vida cotidiana, las condiciones de reclutamiento, etc..

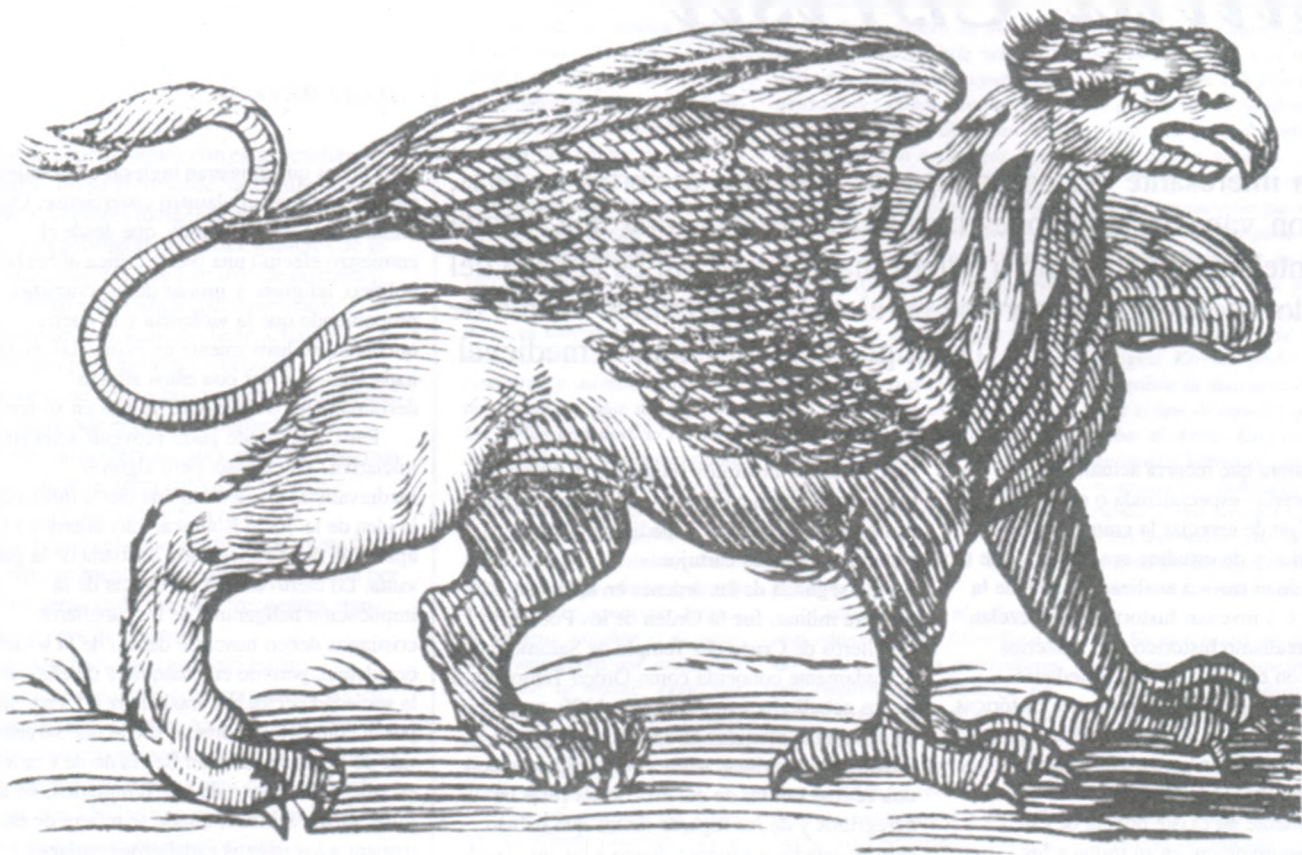
Cîteaux y Cluny, por ejemplo, basaban su ordenamiento en federaciones de abadías; las órdenes militares, en cambio, poseían una estructura orgánica fuertemente centralizada y jerárquica. En la cumbre se encontraba el Gran Maestre, que desde la casa madre dirigía el cuartel general; a su vez era asistido por un grupo de dignatarios que eran controlados por el Capítulo General, que se reunía periódicamente -cada cinco años en el caso templario-. En un nivel intermedio, la provincia (priorato para los hospitalarios o bailato para los teutónicos) se encarga de la administración de la orden, tanto en la zona de enfrentamiento como en las zonas de retaguardia; en un nivel inferior estaban las casas y los *domini*, reunidos en encomiendas.

Las casas, con la capilla, los edificios del convento, y todo lo destinado a las actividades agrícolas, constituían el centro de la vida habitual de las cofradías. Estas eran además focos religiosos y centros de reclutamiento, ya que era allí que acudían quienes desearan integrarse a estas hermandades religioso-militares. También era donde convivían quienes estaban dedicados a actividades militares, los capellanes, que como vimos cultivaban la inspiración religiosa última de la orden, y los hermanos de oficio, que se encargaban puramente de las actividades económicas de la orden. Junto a estos miembros convivían donatos y cohermanos, que disfrutaban de los beneficios materiales y espirituales de la orden a cambio de unos actos de caridad (donaciones o rentas).

Memoranda

Últimos artículos publicados en esta serie:

(XXXI) *Panorama del siglo XVI Los Derechos Humanos en la Conquista* (Daniel Vidart, N° 222)
(XXXII) *La banda oriental en el siglo XVIII Escribanos y notarios* (Andrea Salvo, N° 229)
(XXXIII) *Nuestros fantasmas son medievales Creación del diablo* (Jaques Le Goff, N° 230)
(XXXIV) *Teatro y contracultura. Sumisión y desafío* (María Esther Burgueño, N° 232)
(XXXV) *La violencia nazi* (Enzo Traverso, N° 234)
(XXXVI) *Historia de la prehistoria* (Mario Con-sens, N° 235)
(XXXVII) *Testar y morir* (Andrea Salvo, N° 239)
(XXXVIII) *La historia y sus Historias* (Sergio Ri-beiro, N° 241)
(XXXIX) *El problema en Francia y en América Latina. El negacionismo* (Marión Tourné, N° 242)
(XC) *La aventura hípica como cronotopo.* (Daniel Vidart, N° 243)



Grifo

Las actividades militares eran muy costosas; para financiarlas eran enviadas desde estos sitios numerosos recursos hacia las zonas de confrontación. Poseían algunos barcos y alquilaban otros para poder garantizar así el envío de armas, mercancías, hombres, dinero y todo lo que fuese necesario para sostener los ejércitos de caballeros y todo su despliegue militar. En esta particularidad residen dos de las características más destacables y criticables de las órdenes: su poder económico y su fracaso militar en Tierra Santa. El poder económico que ostentaban era absolutamente necesario para sostener la guerra; por otro lado hay que destacar que no es cierto que fueron los únicos responsables de la derrota de los estados latinos en 1291. El valor de los efectivos de las órdenes está fuera de discusión; incluso cuando se les preguntaba a los propios infieles acerca de estos caballeros, resaltaban dos cosas: su falta de modales y delicadeza, y su extremada valentía. En algunos sitios, como Chateau Pélerin, fueron los últimos que resistieron, aun después de la caída de Acre.

Luego de la derrota militar sufrida a fines del siglo XIII, las órdenes militares comienzan a tener problemas. Felipe el Hermoso se ocupó de destrozar a los templarios, la Orden Teutónica se replegó completamente hacia el Báltico, creando un Estado teocrático y combatiendo con todos los habitantes cercanos; los caballeros del Hospital se refugiaron consecutivamente en Chipre, en Rodas y finalmente en Malta; mientras tanto, las prestigiosas órdenes hispánicas de Calatrava, Santiago y Alcántara fueron absorbidas por la Corona en 1492.

TEMPLARIOS, TEUTÓNICOS Y HOSPITALARIOS

Veamos ahora brevemente algunas características particulares de las tres órdenes principales: los templarios, los teutónicos y los hospitalarios.

Los hospitalarios, aunque encubrieran una armadura bajo su hábito negro tocado con una cruz blanca, nunca dejaron de ejercer su función curativa, y fue esta la característica definitoria, que provocó la aparición de otras órdenes con la misma finalidad y la cantidad de donaciones, que

percibía principalmente desde Occidente. Por otra parte, los templarios, que estéticamente vistieron un hábito blanco sobre su armadura, adornada con una cruz de color rojo, llegaron a ser militarmente la orden más importante, logrando reunir a mediados del siglo XIII doce provincias en Occidente y cinco en Oriente. Sus miembros se calculaban por entonces en unos veinte millones. La Orden de los Caballeros Teutónicos, o más extensamente Caballeros Teutónicos del Hospital de Santa María de Jerusalén, adoptaron una túnica blanca con una cruz negra y fueron reconocidos por Roma en 1192. Más tarde se unificó con la pequeña orden de los llamados Caballeros Portaespadas. Los caballeros de esta orden eran casi todos miembros de la nobleza alemana, excluidos de las herencias laicas por su condición de segundones. Esto explica quizás su cambio de objetivos cuando regresan de Tierra Santa. Entre 1230 y 1280 conquistaron Prusia y exterminaron a su población, emparentada con los pueblos lituanos. En 1309 ocuparon la Pomerania polaca, aunque era un territorio cristiano, lo que muestra, como ya lo insinuamos, que los motivos que incitaron a estos caballeros alemanes a tomar las armas en nombre de Dios estaban completamente perimidos, y en cambio se convirtieron en un ejército que fundamentalmente se dedicaba a ser la punta de lanza de los germanos en su expansión por el Báltico. Aquí está claro que el impulso a combatir era de carácter socioeconómico y no religiosos. Chocaron a menudo, incluso militarmente, con la católica Polonia: un ejemplo de esto lo constituyen sus conflictos con el monarca Ladislao II y su participación en el desastre militar que configuró la batalla de Tannenberg, que marcó la decadencia final de la Orden. Esta orden sin duda constituyó la forma más ruda de contacto entre dos mundos diferentes, el germano y el eslavo, en aquellos siglos. Luego de estos enfrentamientos, y si algo faltaba para confirmar su desvío ideológico, su por entonces maestre Alberto de Brandeburgo (1511) secularizó la orden y se convirtió al protestantismo. Los caballeros cancelaron los votos monásticos y se convirtieron en un ejército regular más.

Por su originalidad y por su desarrollo, la

disolución de la Orden Templaria merece un capítulo aparte. Este episodio también se encuentra rodeado de todo un aparente misterio; aquí solamente nos remitiremos a la historia, a los hechos tal como sucedieron, y dejaremos de lado las fantasías que continúan, aun hoy, girando en torno a este hecho.

La minuciosa operación que condujo a la detención de centenares de caballeros templarios el 13 de octubre de 1307 parece, hoy, digna de los mejores y más aceitados estados totalitarios modernos. En un mismo día, la maquinaria policial monárquica puso fuera de combate a una de las órdenes militares más prestigiosas y combativas del occidente cristiano, y sin que ninguno de ellos intentara oponer la más mínima resistencia. El rey de Francia, Felipe IV el Hermoso, ya había tomado la decisión un mes antes, la había comunicado a cada juez y gobernador del reino, y solicitado además un inventario pormenorizado de los bienes que pertenecían a la orden. Evidentemente, el procedimiento fue tan bien planeado que ninguno de los caballeros templarios sospechaba de semejante maniobra, y probablemente reaccionaron pensando que se trataba de una orden pontificia.

No sabemos con exactitud cuántos templarios fueron detenidos en esta ocasión. Fueron 138 detenciones en París y unos mil en toda Francia. Ya al día siguiente comenzó el proceso que terminaría con la supresión de la orden, decidida por el Papa mediante la bula *Vox in Excelso*, del 22 de marzo de 1312, con el ajusticiamiento de algunos templarios, entre los que se encontraba el Gran Maestre, enviado al fuego purificador el 18 de marzo de 1314. El responsable de esta persecución es sin lugar a dudas el rey de Francia, con todos sus consejeros, quien ya había decidido eliminar la orden. Como ya vimos, el rey de Francia, carecía de potestades y competencia para juzgar, no ya a los templarios, sino a cualesquier integrantes de una orden militar religiosa, quienes respondían a la autoridad directa y exclusiva del papado. Claro que Felipe tenía un buen plan: entregar a los detenidos al inquisidor de Francia, un dominico completamente fiel a los designios del rey. Contra los templarios, el ministro Guillermo de Nogaret -que ya había participado

Siglo XIII

en la prisión de Bonifacio VIII en Anagni pensaba que disponía de suficientes pruebas para condenarlos bajo la acusación de herejía. Un tiempo antes de las detenciones, Guillermo de Nogaret había persuadido a Guillermo de Paris - que oficiaba de confesor del rey- de las sospechas que las actividades de los templarios despertaban en ciertos sectores eclesiásticos. Y la Inquisición, como ya la había autorizado en 1252 Inocencio IV, procedió a interrogar a los caballeros utilizando la tortura como elemento persuasivo central. Es extraño que en la península ibérica o en Italia, donde los tribunales no utilizaron la tortura contra los templarios, los caballeros no confesaran absolutamente nada, al contrario que quienes cayeron en manos de los inquisidores franceses.

Clemente V reaccionó con cierta dureza, recriminando al rey de Francia por la prisión de los caballeros, quienes estaban bajo sus órdenes directas; el Papa no era en absoluto un hombre del rey de Francia, más bien le era hostil. Pero lo que no podía hacer Clemente V era arriesgarse a consumir un conflicto similar al acaecido en ocasión de la muerte de Bonifacio VIII, y tensar aun mas las relaciones entre el papado y la monarquía más vigorosa de Europa. Pero, a pesar de sus protestas, los rumores sobre la dudosa moralidad de las actitudes de los caballeros templarios y las sospechas que giraban en torno de sus actividades, le hacían mantener una duda acerca de si se debía interpelarlos o no.

El Papa consiguió una victoria sobre Felipe el Hermoso, evitando la condena póstuma de Bonifacio VIII, tan buscada por el rey de Francia, pero tuvo que pagar por ello un precio considerable: la destrucción de la orden templaria.

Numerosos historiadores se han asombrado de la actitud de los monjes guerreros frente a su captura. Cuesta creer que luego de no ofrecer la menor resistencia frente al arresto, muchos de los caballeros más valerosos de Europa, con años de experiencia en combate, pudieran fácilmente doblegarse ante la tortura de los sicarios del rey de Francia y de sus esbirros inquisitoriales. Claro, está que no es lo mismo morir en Tierra Santa en defensa de la religión y peleando contra los infieles, con la espada en la mano, que encontrarse de pronto solo, en una mazmorra y sometido a feroces tormentos por individuos que operan en nombre de la Iglesia e intentan convencerlos de que la confesión es el último de los servicios que le pueden brindar al catolicismo. De todas maneras, los hechos no sucedieron en forma tan lineal. La mayor parte de ellos, incluyendo al maestre Jaques de Molay, se rebelaron y se retractaron de las confesiones arrancadas bajo la tortura. Esto fue mucho peor para su suerte, ya que quienes prosiguieron en el retracto lo pagaron con su vida, ya que la Inquisición sostenía una determinada tesis: que quien se retracta persiste en el mismo error por segunda vez, y es condenado a muerte.

Jaques de Molay se constituyó, junto con el Maestre de Normandía, Geoffroy de Charney, en la última víctima del enfrentamiento entre la monarquía y la orden templaria; condenado a prisión perpetua por los tres cardenales enviados por el Papa para juzgarlo, había expresado a viva voz su inocencia en el momento en que le leyeron su sentencia, cuando por fin se dio cuenta de que ya no era posible esperar nada del Papa. Al realizar semejante retractación había firmado su propia sentencia de muerte, y le había entregado a Felipe la divina justificación de su propia inmolación. Molay y Charney fueron quemados esa misma noche en una pequeña isla

del Sena, muy cerca de los aposentos reales.

Los juicios a los templarios están marcados por acciones de fuerza que violan completamente cualquier pretensión de legalidad con que se los quiera disfrazar. En el verano de 1308, el Papa decide quitar el asunto de las manos del rey de Francia y de sus inquisidores, asumiendo directamente su juicio, previa constitución de dos comisiones y convocando un concilio general para el verano de 1310; allí debía decidirse la suerte de la orden, y el mismo Papa juzgaría a los principales mandatarios del temple.

Los juicios, de todos modos, no estuvieron exentos de brutalidades, pero se les concedió a los caballeros la posibilidad de defenderse. Aprovechando esto, centenares de templarios se presentaron a la comisión pontificia en París para efectuar todo tipo de retractaciones. ¿Qué sucedió entonces en el entorno real? Sabían de sobra que podían contar con la absoluta complicidad del arzobispo de Sens, de quien dependía la diócesis de París. Bastaba con sugerirle que condenara a los templarios culpables de retractación, ya que habían negado lo que anteriormente habían expresado a una comisión diocesana. Esto era absolutamente ilegal, pero el arzobispo no dudó ni un momento en poner en funcionamiento la acusación. Sin escuchar las protestas de los comisionados vaticanos, condenó a la hoguera a 54 templarios que fueron calcinados al día siguiente ante los muros de París, al este de la puerta de San Antonio. La comisión pontificia suspendió sus trabajos; ya nadie quería vincularse de ninguna manera con el temple, y los caballeros cesaron en sus retractaciones. En 1312 el papado suprime la Orden, pero no la condena. La mayor parte de los templarios pidió perdón y fueron liberados, algunos fueron condenados a cadena perpetua, y otros que persistían en sus retractaciones murieron quemados en las hogueras.

En lo que tiene que ver con las acusaciones hechas a los templarios, se conservan con todo detalle centenares de declaraciones de los caballeros -los tribunales inquisitoriales eran muy precisos en registrar absolutamente todo lo expresado por los acusados- , y los trabajos de las comisiones pontificias y diocesanas, en los que se puede perfectamente obtener una muestra del tipo de delitos de los que se les acusaba. No hay nada que sorprenda demasiado: era lo típico de las acusaciones que establecía la Inquisición: profanación, brujería, reuniones nocturnas, idolatría, etc., muchas de las cuales los templarios sometidos a torturas reconocieron, aunque rara vez aceptaron participar en ellas. Ahora, frente a esto hay que tener en cuenta un par de detalles. Si bien algunos de ellos cedieron frente a la tortura, muchos de los interrogados eran rudos guerreros, que no sabían absolutamente nada de teología, y eran incapaces de interpretar el sentido de las ceremonias en las que habían participado. Se trataba de soldados, la mayoría de las veces iletrados y hoscos, más acostumbrados a los chistes de cuartel y al duro entrenamiento que a las bizantinas cuestiones teológicas vaticanas. Por lo que no extraña demasiado que algunos confesaran todo, incluso de buena manera.

EXCURSUS

Como veíamos al comienzo, el gran público lector adora y compra libros que incluyen referencias a un legendario, mítico y falso medioevo, fruto del ensueño de escritores que muy a menudo solo tienen una vaga referencia de algunos textos de ese tiempo, y poco o nada de

profundos y pesados textos académicos. Esto vale particularmente para las órdenes militares medievales, y muy especialmente para el Temple. El lector común, que muy probablemente se sintió abrumado en las clases de historia del colegio secundario, se siente atraído por la idea de que las cosas quizás ocurrieron de forma diferente a como se las relataba el altanero y presuntuoso profesor de turno. Una historia secreta, salpicada con elementos mágicos y esotéricos, siempre vende, y algunos de los ingredientes preferidos de estos escritores son casualmente los pobres caballeros del Temple. Umberto Eco, en *El péndulo de Foucault*, se burla de esta tendencia incontenible. En esta obra, Eco hace hablar a un astuto editor

que parecería haber intuido el extraordinario éxito de Dan Brown, con el que se ha llenado los bolsillos; dice el editor: "Es un filón de oro, constituye un deber cultural, en estos tiempos tan oscuros, ofrecer algo de fe, un atisbo de lo sobrenatural..."

A pesar de toda la imaginiería que ronda los contornos de la historia de las órdenes de caballería, se puede considerar, ahora sí, históricamente, que el Temple fue la víctima indirecta del gran conflicto que opuso dos lógicas o dos visiones del mundo: la de la teocracia pontificia, llevada a sus más desmedidos alcances por Bonifacio VIII, y la de los nacientes estados modernos, de la cual el ejemplo francés bien puede servir de muestra. ●